

# Almanaque

## Los días de su presencia

**CECILIA KÜHNE**

⊙ No todo el mundo tiene la suerte de encontrarse con Ramón López Velarde. Ni siquiera si optaron por la literatura, estudiaron lengua y letras o estuvieron tan enamorados que, a ciegas, sólo hallaron la poesía para explicarse.

Puede pasar toda una vida. Aunque hayamos elegido no salirnos de la línea recta y recitado *La Suave Patria* en sexto de primaria. De memoria. Sin errores y sin entender ni un verso.

Si perdiéramos mucho el tiempo, pensar en encontrárselo ya no era ni esperanza. Mucho menos un oculto anhelo. Aquel afán de vivir en el universo de las letras, las palabras bien dichas, los libros devorados, la admiración enorme, poco tenía que ver con un poeta de provincia. Más bien con imaginarias bibliotecas (nunca —pero ojalá— borgianas), narraciones perfectas, novelas compañeras del insomnio o cuentos que —como decía Cortázar—, por *knock out*, nos habían despertado de repente.

Antes de toparme con Ramón López Velarde, ya sabía de la equívoca sarna del Periquillo, había estado encantada por los ojos del Zarco, fui la fiel compañera de Martín Garatuza y regresé volando junto a las golondrinas como había jurado Bécquer. En los desfiguros amorosos podía hablar, como Sor Juana, de este amoroso tormento que en mi corazón se ve, para después llorar, dignamente, en el hombro de la Décima Musa.

Pero fue en un salón de clases, después de álgida y ruidosa protesta por estudiar la poesía y no la narrativa del siglo XIX mexicano, cuando el poeta jerezano se apareció rotundo. La culpa la tuvo Gonzalo Celorio. Y ante las palabras del maestro —muy bien pronunciadas pero mejor leídas— no hubo discusión posible.

Primero, en los apuntes, los alumnos consignamos, obedientes, que López Velarde había recogido la herencia del modernismo sin usarla; que tenía una importante influencia de Leopoldo Lugones; que se había conservado como un poeta local, muy poco difundido hasta su muerte, y que el ornamento cosmopolita, a pesar de haber nacido justo en el año en que Rubén Darío había publicado *Azul*, no le importaba nada. Más bien una poesía pura con la que había logrado construir un lenguaje propio. Pero después, ante nuestros ojos atónitos y la insoportable avidez de nuestros oídos, el maestro tomó un libro y nos empezó a leer *Mi prima Águeda*, con su “contradictorio prestigio de almidón y

de temible luto ceremonioso”. La suerte estaba echada. El dardo se había clavado en el lugar preciso.

A partir de ese momento Ramón López Velarde ya era todo mío.

Nacido el 15 de junio de 1888 en Jerez, Zacatecas, en el año más húmedo del que se tuviera memoria hasta esa fecha según el *Calendario del más Antiguo Galván*, Ramón López Velarde tuvo una infancia “toda olorosa a sacristía”, como bien dice Guillermo Sheridan en la biografía que escribió del poeta. A los doce años fue enviado al Seminario Conciliar de Zacatecas; después pasó al de Aguascalientes, para en 1908 estudiar jurisprudencia en la Facultad de San Luis Potosí. Cuenta la leyenda que en esa ciudad conoció a Francisco I. Madero, estuvo de acuerdo con sus ideas revolucionarias y aprobó las declaraciones del Plan de San Luis. Pero no



se embarcó en la aventura revolucionaria. Concluyó sus estudios y se recibió de abogado en 1911. Pero evidentemente su verdadera pasión no era la jurisprudencia. Con la pluma lo abarcaba y lo soltaba todo. Y por ello, para probar suerte, se trasladó definitivamente a la capital en 1914. Ya había publicado crónicas, poemas, ensayos breves y periodismo político en varios diarios de provincia y de la Ciudad de México. En la capital —como bien dijo José Luis Martínez— “cumplió el destino oscuro de los pretendientes sin títulos en la corte”: ocupó modestos puestos burocráticos, practicó la docencia, entabló amistades efusivas y rápidas y pasó por el mundo de la bohemia y los periodistas, atrapado entre el arrojito de un erotismo incierto y el freno religioso muy bien puesto. Sus versos ya ostentaban todas sus dicotomías: la provincia y la ciudad, la religión y el descrédito, el amor puro y el amor carnal. No tardarían en aparecer los dos libros que publicó en vida: *La sangre devota* en 1916 y *Zozobra* en 1919.

Para los que afirmaron que el amor es el tema de López Velarde habrá que decir que ambos libros están regidos por distintas figuras femeninas. En *La sangre devota* aparece Fuensanta, su amada de juventud, protagonista de muchos poemas, y en *Zozobra* una multitud de incógnitas mujeres como un pretexto para emprender reflexiones más profundas. Dos tipos de amor, dicen algunos, dos estilos distintos de versificación, afirman otros. Pero si el amor teje la trama, es la pasión —como todo lo que se padece— el motor de todas las historias que aquél nos cuenta. Escribiendo a Fuensanta, casi lo explica todo: “Me das [...] algo en que se confunden el cordial refrigerio y el glacial desamparo de un lecho de doncella”. Y el encuentro entre el refrigerio y el desamparo, junto a la oposición entre lo cordial y lo glacial, era un reflejo de la verdad: la devoción, la sangre, un amor imposible, un deseo al que no le queda más remedio que transfigurarse. En un lenguaje poético, por ejemplo. Justo como lo hacía López Velarde.



En *Zozobra* compendia, se muestra pesimista, se vuelve maniqueo y encuentra una balanza que de un lado se muere y por el otro asciende. Versos impresionantes, que pegan y lastiman, lo colocaron bajo el título que hoy, a ciento veinte años de su muerte, se sigue enseñando en todos los salones de clase y todos los maestros dicen a sus alumnos cuando les quieren presentar al jerezano: López Velarde es el poeta que inaugura la poesía moderna, no sólo en México, sino —por lo menos— en todos los países de habla hispana.

Octavio Paz lo supo y lo escribió en su semblanza del poeta: “Todo lenguaje, si se extrema como extremó el suyo López Velarde, termina por ser una conciencia. Y allí donde comienza la conciencia del lenguaje, la desconfianza frente al lenguaje heredado, principia la creación de uno nuevo. Principia la poesía. Y la palabra, cuando es creación, desnuda”.

La lucidez madura de *Zozobra* demostró que López Velarde y sus palabras eran espejo. En “La última odalisca”, se confiesa a sí mismo: “Mi carne pesa y se intimida / Porque su peso fabuloso / Es la cadena estremecida / De los cuerpos universales / Que se han unido con mi vida”.

Ramón López Velarde murió muy joven. En la madrugada del 19 de junio de 1921, cerca del aniversario de la Independencia y después de escribir *La Suave Patria*. Lo habían matado, dice José Luis Martínez, “dos de esas fuerzas malignas de las ciudades que tanto temiera: el vaticinio de una gitana que le anunció la muerte por asfixia y un paseo nocturno, después del teatro y la cena, en que pretendió oponerse al frío del valle, sin abrigo, porque quería seguir hablando de Montaigne”.

Pablo Neruda, admirador irredento, decía que López Velarde es el punto sin coma. Aquel que quiso descubrir la verdadera realidad de las cosas y de sí mismo por medio de la metáfora.

Han pasado muchos días desde que lo encontré. Y, hasta la fecha, no ha querido irse nunca. Toparse con él, encontrarlo, fue una de esas iluminaciones que sólo nos dan muy contadas experiencias en la vida. ~